

mundo que todavía no era, porque el Cáos oyó su voz. Seguíale su brillante comitiva para presenciar la obra de la creación y las maravillas de su poder; y paró de pronto las ardientes ruedas de su carro, y tomó en la mano el compás de oro, guardado en los eternos tesoros de Dios, para trazar el círculo de este universo y cuantas cosas habían de existir en él; y fijando uno de sus extremos en el centro y volviendo el otro al rededor de la vasta profundidad de las tinieblas: «Aquí, dijo, llegarás, y estos ¡oh mundo! serán tus límites.»

»Así creó Dios el cielo y así la tierra, materia informe y vacía. Cubrían el abismo profundas tinieblas, pero desplegando sus alas paternas sobre las tranquilas aguas el Espíritu de Dios, infundió en ellas la virtud y el calor vital á través de la masa fluida, arrojó á lo más profundo las negras y frías heces infernales, contrarias á la vida; aunó y condensó cuantas cosas se asimilaban entre sí; y apartando las demás á diferentes lugares, é introduciendo el aire entre unas y otras, apareció la tierra equilibrándose sobre su centro.

«¡Hágase la luz!», dijo y la luz fué hecha. Brotó súbitamente del hondo abismo la luz etérea, lo primero de todo, la esencia más pura de las cosas, y desde su nativo oriente comenzó á esparcirse por entre las sombras aéreas, ciñéndola una nube esférica y radiante, porque el sol no existía aún; y en este nebuloso tabernáculo permaneció algún tiempo. Vió Dios que la luz era buena, y la separó de las tinieblas por medio del hemisferio. Y llamó á la luz *dia*, y á las tinieblas *noche*; y del espacio que entre uno y otra componen, formó el día primero. El cual no pasó sin ser grandemente festejado y cantado por los coros angelicales; pues cuando percibieron la primera luz que asomaba por oriente, rompiendo las tinieblas, en aquel natalicio del cielo y de la tierra, llenaron de vivas y aclamaciones la vasta concavidad del universo, y al compás de sus arpas de oro y sus acordados himnos, ensalzaron á Dios juntamente con sus obras, proclamándole Creador cuando llegó la primera noche y cuando rayó la primera aurora.

»Y dijo Dios en seguida: «Que en medio de las ondas se ponga el firmamento, y que divida unas aguas de otras.» Y Dios hizo el firmamento, dilatación de un aire fluido, puro, transparente, elemental, que se extiende en redondo hasta la mayor convexidad de aquel anchísimo orbe, división inmutable y segura, que separa las aguas de la región inferior y las superiores. Porque así como la tierra, estableció Dios el mundo sobre reposadas aguas, en medio de un vasto océano



ASÍ SE PRECIPITAN UNA TRAS OTRA LAS OLAS....

de cristal, y alejó de él la tumultuosa irregularidad del Cáos, para que el contacto de sus violentas extremidades no alterase su estructura. Y dió el nombre de *cielo* al firmamento; y los coros nocturnos y matutinos cantaron el día segundo.

»La tierra estaba formada, pero sumergida como rudo embrion en el seno de las aguas, aún no se descubria. Inundaba toda su superficie el grande Océano, y no en balde, porque se infiltraba en todo su globo un templado y fecundo humor que hacia fermentar y concebir á la madre universal, fertilizada por una humedad vivificadora, cuando dijo Dios: «Aguas que os derramais por los cielos, congregaos en un lugar y aparezca el continente enjuto.» Y salieron de pronto las enormes montañas, que elevando sus cimas hasta las nubes, tocaban con las estrellas. Y tanto como sus hinchadas moles subian, tanto se ahuecaban y hundian sus cóncavos senos para dejar anchos y profundos lechos por donde las aguas se dilatasen. Y por ellos corrian con bulliciosa rapidez sus turgentes ondas, como inflamadas gotas que ruedan sobre el polvo árido. Unas se elevan cual murallas de cristal, otras saltan por encima, formando puntiagudos montes; que tan raudo movimiento imprimió el imperioso mandato á sus corrientes. Como en los ejércitos de que ya tienes una idea, acuden á sus filas los soldados al oír el llamamiento de la trompeta, así se precipitan una tras otra las olas por donde más fácil camino encuentran, impetuoso torrente en los despeñaderos, mansas y apacibles en las llanuras. Ni les son de obstáculo alguno las rocas ó las montañas; hallan siempre salida, ya introduciéndose subterráneas, ya serpenteando por mil rodeos y abriéndose profundos canales en aquellos terrenos cenagosos que fácilmente se descomponian ántes que Dios les mandase quedar secos y endurecidos, ménos los destinados á recibir los rios, que llevan en pos húmedos despojos perpétuamente. Á la parte árida llamó el mismo Señor *tierra*; al ancho receptáculo en que las aguas se acumulaban, *mar*. Y vió que aquello era bueno; y dijo: «Que la tierra se vista de verde yerba, de plantas que den simiente, y de árboles con frutos de especies varias, que lleven entre si su propia semilla, para reproducirse sobre la tierra.»

»No bien dijo estas palabras, cuando de aquella misma tierra que hasta entonces se mostraba rasa, árida, desierta, desagradable, sin ornato alguno, brotó delicado césped, con cuyo verdor se atavió toda su superficie, luciendo en torno su vistoso esmalte. Viéronse allí las plantas con su infinita variedad de hojas,

florece de improviso, arrebolarse de mil colores y embalsamar el seno de la madre tierra con los aromas dulcísimos que exhalaban. Apenas abrian sus cálices, provocaba la floreciente viña con sus apretados racimos; redondeábase en sus rastreros tallos la calabaza; mecíanse en sus hazas formadas en espesas legiones, las huecas cañas, y el humilde arbusto y la punzante zarza enlazaban sus enmarañadas cabelleras. Alzábanse por fin los arrogantes árboles, moviéndose acompasadamente y dilatando sus ramas, unas cubiertas de copiosos frutos, otras matizadas de flores. Erguíanse sobre las colinas gigantescos bosques, y espesas arboledas sobre las cañadas, á las márgenes de las fuentes y en las orillas de los ríos. ¿Qué le faltaba á la tierra para asemejarse al cielo? Bien podían morar en ella los dioses, y recorrerla embelesados, y reposar al amor de sus umbrias sagradas. Dios no le había enviado aún lluvia que la regase, ni formado al Hombre que había de cultivarla; pero de sus nuevas entrañas fluía un jugoso vapor que abonaba el suelo y alimentaba las plantas ántes de que brotasen, y la menuda yerba ántes de verdeguear sus tallos. Y vió Dios que esto era bueno; y la mañana y la noche renovaron los cantos del tercer día.

»Y volvió á hablar el Altísimo: «Que luzcan astros en el espacio de los cielos para distinguir los días de las noches, y para que marquen las estaciones y los días y el transcurso de los años; y mando que su oficio sea servir de lumináres en el cielo y de antorchas para la tierra.» Y así fué hecho. Y puso Dios dos grandes astros, grandes por lo que habían de servir al Hombre, los cuales alternasen, el mayor en presidir al día, y el más pequeño á la noche. Y también hizo las estrellas, poniéndolas en el firmamento de los cielos, á fin de que iluminasen la tierra, y regulasen las vicisitudes de los días y de las noches, y diferenciásen la luz de las tinieblas. Y paróse á contemplar su grande obra, y le pareció bien. Porque el primero de aquellos astros fué el sol, cuya inmensa esfera careció en un principio de luz, aunque era de sustancia etérea; y luego formó el globo de la luna, y las varias magnitudes de las estrellas, y las sembró por el cielo, como en un campo. Y tomando una gran parte de luz de su nebuloso tabernáculo, la trasladó al orbe solar, que por sus poros recibe y aspira el brillante líquido, y que con su fuerza retiene la plenitud de sus rayos, siendo á la sazón el gran palacio de la luz. De él, como de su manantial, se mantienen los demás astros, depositando aquella misma luz en sus urnas de oro, y allí abrillanta sus cuernos el planeta de la mañana; mientras ellos iluminados ó por reflejo acrecientan el fulgor